

¿POR QUÉ MATURA? NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA ESQUIVA EN LA CATAMARCA DE LOS AÑOS 80

JORGE ALBERTO PEREA

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca (FH, UNCA)
Argentina

ALEJANDRA GUTIÉRREZ SARACHO

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca (FH, UNCA)
Instituto Regional de Estudios Socio-Culturales,
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (IRES-CONICET)
Argentina

Aceptado para publicación 2 de diciembre 2024

Resumen

En este trabajo intentamos rastrear la biografía esQUIVA de Carlos Alberto “Matura” Nieva. Para ello entretajamos nuestras experiencias con los relatos, chismes, rumores e imágenes fotográficas que han conformado diversos sentidos sobre su trayectoria vital. “Gordo”, “negro”, “puto”, “peronista”. Matura, espectro inasible para una clasificación esencializante que disponga con sentido tranquilizador lo que él era en la Catamarca de los años 80. Matura, esa figura evocativa de una época que es añorada o despreciada. Matura, pliegue narrativo en el que emergen, como pueden, otras tramas memoriales, otras presencias abyectas que son excluidas del orden historiográfico dominante, pero que forman parte de una red de interacciones que conformaron la cotidianeidad de esa época.

Palabras clave: Matura, biografía, abyecto, Catamarca.

WHY MATURA? NOTES FOR AN ELUSIVE BIOGRAPHY IN CATAMARCA IN THE 1980s

Abstract

In this work we try to trace the elusive biography of Carlos Alberto “Matura” Nieva. To do so we interweave our experiences with the stories, gossip, rumors and photographic images that have shaped various meanings about his life. “Fat,” “black,” “faggot,” “Peronist.” Matura, an elusive specter for an essentializing classification that reassuringly sets out what he was in Catamarca in the 1980s. Matura, that evocative figure of an era that is missed or despised. Matura, a narrative fold in which other memorial plots emerge, as they can, other abject presences that are excluded from the dominant historiographical order, but that form part of a network of interactions that shaped the daily life of that era.

Keywords: Matura, biography, abject, Catamarca.

POR QUE MATURA? NOTAS PARA UMA BIOGRAFIA ELUSIVA NA CATAMARCA DOS ANOS 80

Resumo

Neste trabalho tentamos traçar a biografia elusiva de Carlos Alberto “Matura” Nieva. Para isso entrelaçamos nossas experiências com as histórias, fofocas, rumores e imagens fotográficas que moldaram vários significados sobre sua vida. “Gordo”, “negro”, “bicha”, “peronista”. Matura, um espectro elusivo para uma classificação essencializante que tranquilizadamente define o que ele era em Catamarca na década de 1980. Matura, aquela figura evocativa de uma era que é ansiada ou desprezada. Matura, uma dobra narrativa na qual outras tramas memoriais emergem, como podem, outras presenças abjetas que são excluídas da ordem historiográfica dominante, mas que fazem parte de uma rede de interações que moldaram a vida cotidiana daquela época.

Palavras-chave: Matura, biografia, abjeto, Catamarca.

“¡Mamá, mira ese negro, ¡tengo miedo!”.
¡Miedo! ¡Miedo! Resulta que me temen.
(Fanon, 2009, p.104)

Presentación

En este trabajo intentamos rastrear la biografía esquiva de Carlos Alberto “Matura” Nieva. Para ello, entretijemos nuestras propias experiencias con los relatos, chismes, rumores e imágenes fotográficas que han conformado, desde hace décadas, diversos sentidos sobre su trayectoria vital. “Gordo”, “negro”, “puto”, “peronista”. Matura, espectro inasible para una clasificación de carácter esencializante que, desde la seguridad que otorga el discurso científico disciplinado, pretenda explicar con un sentido tranquilizador lo que él era en la Catamarca de los años 80.

Matura. Por fuera de lo posible de expresar en una historia política que vigila las fronteras entre lo “normal” y lo “anormal”. Matura. Son las voces de viejas vecinas y de viejos vecinos conformando un conjunto de apuntes etnográficos surgidos de las conversaciones informales o de los mensajes de *WhatsApp* que intercambiamos en forma esporádica y de las entrevistas abiertas realizadas mientras las personas barrían la vereda o tomábamos un mate.

En obvia paráfrasis a *Facundo* (Sarmiento, 1977), decimos: ¡Sombra querida de Matura, te evocamos! Allí, donde su recuerdo se mantiene... así nomás. Por ejemplo, en los comentarios y fotografías que publican en la red social *Facebook* quienes alguna vez compartieron la militancia política.

Desde nuestra perspectiva, en estas memorias de carácter abigarrado se superponen, enredan y conflictúan diversos sentidos sobre lo que es moralmente aceptable de hacer y decir acerca de lo vivido en el pasado cercano. Por ejemplo, en el teje y desteje en el campo, mientras íbamos curioseando acerca de Matura, nos hemos encontrado con otras historias borroneadas de maricones, morochos, pobres y peronistas de La Tablada: La Matosa y la Yiyi. Como diría Marce Joan Butierrez (2022), lo que une a estas trayectorias son las formas en que ellos andaban, con la pura prepotencia de sus vidas, por los crueles filos de lo moral, la decencia y el orden burgués en los años 80. Quizás por eso, sus espectros mancillados por las regulaciones colectivas de la sexualidad y de la reproducción de la población (Viveros Vigoya, 2024) se agolpan en los testimonios, se niegan a admitir su inexorable destino de pie de página o se atropellan en la escritura para indisciplinarla y, sin pedir permiso, conmover nuestra atención.

Por otra parte, para contar los cruces entre la vida cotidiana en La Tablada, las experiencias del carnaval catamarqueño y la militancia política en los años 80, hemos realizado entrevistas abiertas y de carácter anónimo a ex militantes y dirigentes de la Juventud Peronista y a algunos homosexuales y travestis que conocieron cómo era “la movida” en esos tiempos.



A borbotones -en los que cada recuerdo nos traslada azarosamente a otro recuerdo sin respetar un orden cronológico lineal y progresivo- aquí intentaremos ver y hablar “desde las entrañas afectadas” (Rivera Cusicanqui, 2018), desde el conocimiento situado (Haraway, 1995) como una posición crítica en el que la relación de investigación siempre va a ser cuerpo a cuerpo, no importando qué cuerpo (Figari, 2021). Por eso, en estas vueltas y revueltas del pensar(nos) se solapan diversas emocionalidades que juegan como disparadores para la construcción de una genealogía de la disidencia sexual lugareña y de las formas de rebeldía en los intersticios de la organización política. A lo mejor, esta “historia de los pedazos” (Figari, 2009) nos ayude a engendrar una “teoría local” (Haber, 2011) o, por lo menos, poder ponerla en discusión.

Im-precisiones

El 7 de abril de 1994 murió el diputado provincial Carlos Alberto “Matura” Nieva. Hacemos esfuerzos, pero no hay en la memoria lugar alguno para recuperar un gesto de burla o de indiferencia de nuestros conocidos y amigos ante el fallecimiento del dirigente peronista más importante de la zona sur de San Fernando del Valle de Catamarca.

En el Barrio Libertador II la noticia del fallecimiento de Matura no generó sorpresas. Se sabía que el estado de salud de Matura era muy grave y algunos rumoreaban que era “por puto” (K, vecina del Barrio Las Mil Viviendas, entrevista con el autor, Catamarca 2019), quizás, quién sabe, “estaría enfermo de SIDA” (P, vecino del Barrio Las Mil Viviendas, entrevista con el autor, 2019) y, por eso, justo antes de morir, se rumoreaba que “un avión estaba listo para llevarlo” a algún destino desconocido en el que lo esperaba una cura milagrosa (K, vecina del Barrio las Mil Viviendas, entrevista con Jorge Perea, 2019).

Desde que en marzo de 1984 el gobierno provincial había decretado “el estado de emergencia sanitaria y social” a causa de la deficiente situación económica, Matura era uno de los legisladores más reconocidos por su condición de intermediario “benévolo” entre el Estado y los reclamos y problemas en esa territorialidad material y simbólica que, como en tantas ciudades latinoamericanas, es el “sur” de la urbe.

Sur. Entrecruce de necesidades, pobrezas, indigencias y fantasías de superación que parecen estar ahí, al alcance, con un metro más de cordón cuneta y con la ayuda de algún político que contribuya con los bollitos dulces para hacer la tradicional chocolatada del Día del Niño. En ese contexto, Matura “te podía dar muchas soluciones” (P, vecino de Las Mil Viviendas entrevista con Jorge Perea, 2019).

Más de una vez, en las vísperas de esas navidades de los años 80, unos changos se bajaban con rapidez de la cajuela de una camioneta nueva y repartían en forma veloz por todas las peatonales de “las Mil” cajas con sidra, pan dulce y turrone de parte del “diputado Carlos Alberto Nieva”.

El “diputado” no solía bajarse del vehículo para recibir los agradecimientos de las familias. En los años 80, Matura se desplazaba con dificultad, pues era un “morochazo” bien gordo, con escaso pelo crespo y una sonrisa plena que parecía tener siempre inscrita en su rostro (Figura 1). Visualmente, existía un contrapunto entre las corporalidades gráciles de los changos que repartían las cajas navideñas y la figura voluminosa de Matura Nieva. Este contraste estético era frecuente insumo para las bromas homofóbicas y gordofóbicas que hacían algunas y algunos de los partícipes en la red clientelar peronista de la zona sur.

Hay un mito dentro del ambiente gay que la Matura era pagadora y que acomodaba a muchos changos que tienen laburos gracias a la Matura que ahora esos changos serán abuelos o bisabuelos. (Pachi, conocedor del ambiente homosexual, conversación informal con Alejandra Gutiérrez Saracho, 2024)



Figura 1: El diputado Matura Nieva con compañeros.
Fuente: Archivo privado de Víctor Hugo Uriarte

También la expresión “negrada de Matura” era muy utilizada para señalar a quienes eran muy cercanos “al gordo”. Siguiendo la definición de Bonvillani (2019), con estos registros narrativos de carácter racista se ligaba semánticamente la condición “negra” de estos jóvenes peronistas con las prácticas violentas que ellos ejercían para asegurar el control de las paredes en las que pegaban carteles y hacían pintadas electorales.

De “la negrada de Matura” se hacían innumerables comentarios negativos que los dejaban al borde,

apenas, de la delincuencia o, como se categorizaría desde una concepción marxista clásica, los hacía acreedores de los atributos que enmarcan la existencia límite del lumpen proletariado. Sin embargo, ellos eran hijos de “gente trabajadora” y “buena” de la zona sur. Retoños que parecían haber perdido el rumbo del esfuerzo ascendente de la clase trabajadora argentina y que, según las descalificaciones, eran integrantes de una Juventud Peronista que tenía muy poco en común con los grupos revolucionarios de los años 70.

Cuando los recordamos, alegremente apiñados en la cajuela de la camioneta llena de las “dávivas” reprobadas por el buen burgués local, apelamos a la noción de los “ragazzi di vita” creada por Pier Paolo Pasolini (1997) para designar a esos adolescentes y jóvenes varones que también podían ser vistos practicando una sexualidad urgente y variopinta en el Alttillo viejo, en La Milanese y en otros burdeles que estaban reservados para



el pobrericío de la zona roja en San Fernando del Valle de Catamarca. Todavía más, en el ambiente homosexual algunos de ellos eran conocidos “chongos” o “chonguitos” que experimentaban una sexualidad “homoerótica discreta” en los hogares de los putos viejos,

En la adjetivación negativa que frecuentemente utilizaban los antiperonistas para designar a estos jóvenes prorrumpía una mezcla de temor y desprecio: ellos eran “la perrada saadista”. Son innumerables las anécdotas, que se sedimentaron como conocimiento colectivo fetichizado y con fuerza de verdad, que dan cuenta sobre los modos “toscos” y “brutales” de hacer política en el peronismo catamarqueño durante los años 80. Pero en 1989, luego del estrepitoso fracaso del Plan Primavera, “faltaba de todo” en Catamarca; Matura Nieva vivía en el Barrio Policial y en la puerta de su casa la fila de gente necesitada de ayuda se volvió cotidiana e interminable. Ellas y ellos siempre se iban con algo.

Si en este incesante esfuerzo de dar de comer a los hijos, son los pobres los que quedan más expuestos a mostrar impudicamente su relación con la maquinaria política, en Matura siempre había un gesto hospitalario que permitía resguardar la dignidad del necesitado. Por ejemplo, recuerda un vecino: “mi vieja fue con una receta de medicamentos y en una cama había un montón de cajas de remedios. Rebuscaron, no sé si encontró lo que buscaba o se llevó algo parecido” (J.A, vecino de Las Mil Viviendas, entrevista con Jorge Perea, Catamarca, 2019) y salieron con ese “algo” que Matura siempre brindaba a quienes se lo pedían.

Eso se añoraría, sólo unos años después, en los tiempos de la miserabilidad plena del neoliberalismo de los años 90, en los que el gesto de cercanía del dirigente o del puntero barrial sería reemplazado por la suma de formularios institucionales que debían llenarse para ser representado como alguien que sí, necesitaba imperiosamente la atención del ojo burócrata del asistencialismo estatal.

Las partes del asunto

Será que naturalizamos, idealizamos, degradamos, en la mera cuestión descriptiva. Parte del asunto en un relato histórico es ubicar en tiempo y espacio al personaje Carlos Alberto Matura Nieva (así, en singular) en el barrio. Para ello hacemos uso de distintas estrategias discursivas que tienen por objetivo explicitar el paisaje diverso de lo humano en forma tranquilizadora y pedagógica. Ardua tarea es guardar las apariencias.

En suma, con la elección del tono adecuado de escritura se contribuirá a la producción y circulación de una serie de estereotipos que serán nuevamente legitimados desde esta voz autorizada... porque “trascender al orden de lo narrable es habitar el orden de lo decible” (Meccia, 2016, p.56).

Matura, aprehendido a través del uso de las marcas tipográficas típicas de un relato historiográfico, que tienen como objeto indicar que el texto no es un producto de la imaginación.

Primera pista. El uso automatizado de los entrecomillados en lo escrito, para jerarquizar como apodo aquello que es pregunta, aquello que es irrevocable signo de identificación, más allá del Nieva, más acá del Carlos Alberto... Matura.

Segunda pista. La selección de quiénes deberían ser los dueños de las voces consentidas para hablar. De esta decisión dependerá la máscara (del griego πρόσωπον, *prósopon*=máscara) que investirá negativa o positivamente la cara a Matura. Pero en cualquiera de los recorridos, el sujeto será aprehendido desde el afuera, en la búsqueda del funcionamiento eficaz del artificio que veja, aprisiona, fija, en un lugar sagrado o estigmatizado a Matura. En todo, tanto designación como renegación de lo pensable al mismo tiempo; hay un Matura como presencia que se muestra por medio de una sistemática ausencia. Es por ello que poder narrar

significa pensar que la vida no puede ser expresada en una «crónica» de los hechos sino en un «relato» de los acontecimientos que expresa, a modo de indicio, las situaciones biográficas de las personas en su relación con los grupos de pertenencia y referencia y con lo social en su conjunto. (Meccia, 2016, p.42)

Entonces, ¿qué se podría captar? Quizás esos “axiomas dispersos sobre las superficies de las cosas” a los que hace referencia Frantz Fanon (2009) para conceptualizar a los rumores estereotipados y clasificatorios del negativizado ser morocho/negro/puto. El barrio está lleno de esos axiomas circulando en forma de chismes, cuchicheos y habladerías que componen una rememoración plástica y precaria. Allende lucha entre discursos que pugnan por componer la “verdadera historia” de un personaje... ya que, según Plumer (1995), los relatos crean más relatos. Y es en el Barrio La Tablada donde se conforma el arbitrio “Matura”. No queremos eludir su descripción.

La Tablada

En el número 1657 de la calle Maipú, se encuentra el predio del Club Atlético Estudiantes de La Tablada. Está ubicado en la zona sur de la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, a cuadras solamente de la vieja Estación Terminal de Trenes de la provincia. En este trecho, la ciudad ya se ha comenzado a despojar del orgullo urbano, las viejas siguen barriendo las veredas, la tierra y la piedra todavía son visibles en los baldíos y los *chocos* fingen empeño matutino cuando persiguen a las motonetas cargadas con varios ocupantes que van o vuelven del centro. Es el Barrio La Tablada.

El Censo del 2010 indica que estamos ante el segundo núcleo habitacional de la ciudad Capital de Catamarca. Con una superficie total de 105,98 hectáreas, para el Instituto de Estadísticas y Censos (INDEC, 2010) el barrio se destaca como principal área dormitorio del aglomerado por su función exclusivamente residencial. Dicho en otras palabras, la “gente” come y duerme allí, pero trabaja (o produce) en otro lado.

Sus límites son al Norte Av. Güemes y Av. Sánchez Oviedo; al Sur: Av. Gobernador Mardoqueo Molina; Al Este: Av. Hipólito Irigoyen y al Oeste: Av. Colón y Pasaje Vélez Sarsfield (Ordenanza N° 747/1975).

Es el Barrio La Tablada.

Graciela Gabriela Mentasti (2008) recupera los testimonios de viejas vecinas del barrio en su libro *La Tablada... de ayer y de hoy*. Recuerda Nora: “Yo tengo entendido por mis padres, José Fabián Carrizo y Aquilina Andrada que al barrio lo llamaron La Tablada por los grandes corrales que había en la zona” (Mentasti, 2008, p.19). Ana añora esa “Tablada [que] era un lugar familiar, compartíamos noches de verano comiendo uvas en las veredas con los amigos...”. (Mentasti, 2008, p.22). Finalmente, Olga apunta,

Por esta calle (Maipú al 1300) dos casas más al norte que la mía, alquilaban unas mujeres. A mí me llamaron la atención porque cuando anochece salían con vestido largo. Yo le preguntaba a mi mamá, adónde iban y ella me decía: Van a bailar (Mentasti, 2008, p.53).

Es el Barrio La Tablada.

Hasta aquí, se han desplegado distintos estereotipos en uso, los cuales impulsan a la definición de un aparente ser, de una esencia que fija la diferencia (Hall, 1997). Propusimos la condensación de diversas vitalidades en un “molde de cartón”, simplificando, reuniendo características en una sola cosa, un solo lugar, un solo acto, un solo modo de ser... en La Tablada. Si ese fuera el sentido (poner a Matura en determinado lugar) podríamos optar por el rasgo de color, por la metáfora costumbrista, por el “dato duro” del censo, por los testimonios orales de los vecinos, por las evocaciones de los buenos tiempos o por los recuerdos de las “malas costumbres”. Queda pendiente dislocar aquellas certezas.

Tentativamente, en un recorrido a contrapelo de la tradición, en esta escritura nos proponemos hacer una política de la localización en la que el prisma de la identidad y el sentido de la pertenencia a determinado lugar (La/s Tablada/s imaginadas, recordadas, añoradas) nos permita dar cuenta de ciertos recorridos vitales de los sujetos, que hablan con cierto lenguaje, situados en el presente y mirando al futuro. Por ejemplo, en el club.

El Club Estudiantes de La Tablada y la casa hospitalaria de la familia Nieva

Exactamente 1123 metros lineales separan al señorial edificio del Club Social 25 de Agosto que está ubicado al frente de la plaza central de la ciudad de Catamarca de lo que es la magra fachada del Club Estudiantes en el barrio La Tablada. Un frente blanquiroyo, propio de una construcción barrial modesta, que se hace a los saltos, de a tramos, con mucho block y poco ladrillo. Producto desperejo del gusto estético de distintas generaciones de albañiles y de circunstanciales maestros mayores de obra. Algo nos llama la atención. Nos percatamos de que el club parece ser una casa más de este barrio. Su vereda es de trece



metros lineales. No se destaca... es necesario mirar con atención para descubrir su figura a mitad de cuadra. A todas vistas, el club sigue haciéndose (Figura 2).

Cierta precariedad material lo distingue de otras sedes deportivas que conocemos. Es un organismo vivo, con problemas de crecimiento, al que no le basta el aporte solidario de los vecinos y vecinas. El club necesita de los subsidios del Estado provincial para fortalecerse.

Pues bien, en el reparto de pasiones, talentos, triunfos y pasiones de La Tablada pareciera que los “pincharratas” están destinados a ocupar un lugar marginal o quizás no. Tal vez es la otra cara necesaria del progreso. La que muestra, en sus ausencias y en sus inacabados, lo efectivo de la circunstancial y “virtuosa” presencia del Estado para perfeccionar lo tosco. Desde una perspectiva urbanista, es el comienzo de los ejidos del sur y el fin del casco histórico de San Fernando del Valle. En la memoria barrial, el club y la casa familiar de los Nieva siguen siendo inseparables, aunque hoy están separados por una tapia de bloques de cemento.

Desde mediados del siglo XX, el club Estudiantes de la Tablada -esa presencia irrelevante para quien no la busca- es un territorio donde se realizan bailes sociales, espectáculos cuarteteros y festejos del carnaval en las avenidas que constituyen la frontera entre el Barrio Centro y los bulevares. Desde allí han salido en muchas ocasiones las comparsas que representaban a La Tablada en los famosos desfiles organizados por Manuel “el loco” Flores, fanático corredor de autos y locutor de la Radio LW7. Flores era conocido en los años 60 y 70 como “el alma del carnaval” y solía conducir los bailes acompañado por “la vedette más chiquita del mundo”, la enana Chut Nieto.



Figura 2: El Club Estudiantes de La Tablada.
Fuente: Archivo privado de Alejandra Gutiérrez Saracho.

A mitad de esa cuadra de casas achaparradas, la casa bajita de la familia Nieva y las instalaciones del club estuvieron separadas durante muchos años por una pared bajísima



de piedra y de adobe. Esta pared, de acuerdo a los testimonios, no separaba al club de la casa de los Nieva, sino que actuaba de materialidad comunicante para que nadie quedara afuera de la fiesta.

Y era muy común, en ese entonces, que la gente entrara [a lo de los Nieva] como Pancho por su casa y se ponían a conversar con los que estaban bailando del otro lado [el club] mientras se pasaban lo que estaban tomando. Así era siempre. Y todos los querían a los Nieva, que además tenían una fábrica o distribuían soda por toda la zona, no recuerdo bien. (C, vecina del Barrio La Tablada, entrevista con Jorge Perea, 2019)

Pues aquello que debía servir de frontera irrenunciable entre las propiedades privadas, entre los ámbitos de convivencia escamoteados a la observación ajena era, por el contrario, el espacio poroso desde el que se podía estar, un poco adentro/un poco afuera, gozando de lo que ocurría (en forma pública y sin pudor) en el patio de tierra de Estudiantes de la Tablada.

Lo recuerdan tantas y tantos, la casa de los Nieva eludiendo la noción supuestamente protectora del caparazón familiar y abriéndose diariamente a la presencia de un otro sin plantear condiciones. Una puerta entreabierta y siempre sin llave. Un oficio, el de la venta y distribución de soda, que ampliaría la red de vínculos de Matura en la zona sur y que muy pronto, ya en su juventud, pondría al servicio de la militancia política. Todos los viernes, la casa de los Nieva desdibujaba los límites clásicos de la hospitalidad selectiva al acoger lo inesperado de manera casi incondicional, para que quienes lo desearan pudieran participar del show musical, de una manera no contemplada por el derecho a la admisión imperante en otros bailes donde se reunía la “Gente Bien”. Aquí, con la pared medianera como vínculo, en el límite del patio de los Nieva, los que no pagaban la entrada, miraban, bromeaban y tomaban una cerveza con quienes sí pagaban su admisión.

La Tablada, entre la “apropiación” y la “propiedad privada”

Eva Perón llegó a Catamarca un 7 de junio de 1950. Lo hizo luego de inaugurar obras públicas en Jujuy y en Tucumán. Eran las épocas del Primer Plan Quinquenal, de mayores derechos laborales para los trabajadores y trabajadoras, de la presencia borboteante del Estado en los lugares que habían sido abandonados por un tronante dios agroganadero. Aquí la esperaban las instalaciones del flamante Hospital General de Niños, las llaves de la ciudad y un bullicio de peronistas apretujados en la Plaza 25 de Agosto. Los más viejos todavía recuerdan la interminable comitiva que bajó del tren, integrada por funcionarios del Partido Laborista, Ministros, Secretarios, burócratas, porta valijas y empeñosos periodistas de los medios nacionales. Con probabilidad, ese día, una parte importante de quienes gritaban ¡Evita, Evita! al paso del auto descapotable que trasladaba a la Abanderada de los Humildes eran vecinos/as/es de La Tablada y de Los Ejidos.



Apenas unos meses después, un grupo de vecinas y vecinos decidió crear una nueva entidad social y deportiva que llevaría el nombre Club Atlético Estudiantes de La Tablada. El nuevo club era heredero, en parte, de los ya entonces desaparecidos Nacional, Peñarol y Racing. Empeñosos clubes que habían perdido sus improvisadas canchitas debido al crecimiento del tejido urbano. Allí, donde antes existían quintas y baldíos fiscales, comenzaban a lotearse los terrenos “en falsa escuadra”, a decir de los viejos albañiles, para la construcción de casas familiares que desplazaban los límites del barrio hacia los cardonales y montes achaparrados del sur de la ciudad.

Los míticos tiempos de la “apropiación” permanente o momentánea de una parte de “la campiña triste, árida que se extiende hasta donde alcanza la vista” (Soria, 1891, p.87) ya eran rememorados con nostalgia. Su evocación es el signo de un nuevo momento, en el que se refuerza el interés del mercado inmobiliario por otorgar valor de cambio a lo antes inhóspito. A fines de los años 40 y comienzos de los 50, se comprobó el afán del Estado por reforzar su presencia en donde su autoridad antes había sido negada mediante micro-insubordinaciones. Sostiene C que “la gente venía, plantaba un palo y decía éste es mi terreno” (C, vecina del Barrio La Tablada, entrevista con Jorge Perea, 2019).

Ya no más. El uso de la palabra oral para constituir territorialidades daba paso ahora a la supremacía de la ley escrita para designar a la propiedad privada.

Si los cambios y las pervivencias pueden ser rastreados en una serie de gestos, aparentemente inarticulados, que contribuyen a entramar las existencias cotidianas, Estudiantes de la Tablada estaba pensado para no perecer. Así, por ejemplo, Luis Nieva, hermano mayor de Carlos y dueño de la despensa La Estrella del Sud, *compró* y *no ocupó* el terreno de la propiedad donde continúa funcionando el Club Estudiantes hasta el día de hoy. Desde el vamos, con esa seña, Estudiantes de la Tablada aspiró al reconocimiento por parte del vigilante dispositivo gubernamental y vinculó simbólicamente y espacialmente su biografía institucional con los futuros recorridos políticos de un Carlos Nieva que, todavía, no era nombrado en el barrio como “Matura”.

“Matura” como efecto-de-sujeto

Un efecto-de-sujeto puede ser brevemente esbozado para referirse a Carlos Alberto “Matura” Nieva. Pues aquello que obra en las distintas narraciones que lo evocan es parte de una inmensa red discontinua («texto» en sentido general) de hebras que pueden llamarse política, ideología, economía, historia, sexualidad, lenguaje, etc. (si se aísla cada una de estas hebras, se las puede percibir también como un tejido de varios hilos). Estas hebras anudan y configuran al Matura percibido, al Matura inasible, cual alfombra de Penélope (haciéndose y des-haciéndose con cada puntada que lo transforma) y definen determinaciones heterogéneas que producen el efecto de un sujeto actuante.

Ni familiares, ni amigos/as, compañeros/as o vecinas y vecinos pueden decir el por

qué del apodo Matura ¿Quién es este Matura que se resiste a ser esencializado a través de una respuesta certera que proponga volver homogéneo, lo que se rebela multiforme y contrastante? Ahí está, para elegir, el relato del peronista, del negro, del dirigente barrial, del gordo, del vecino, del diputado, del puto bueno, hermano, amigo, leal, patotero. Inscripciones que no sacian la necesidad de seguir representando a Matura. Aun cuando intentemos encontrar una descripción plausible.

Contra eso hay que luchar.

Utilizamos el buscador de la red social *Facebook*, exploramos qué información se encuentra con el criterio “Matura Nieva” y no son demasiadas las correspondencias que surgen. En una de estas publicaciones, Claudia Bustos reconstruye su propia experiencia vital en forma fragmentaria, discontinua y no lineal. La rítmica base del cuarteto cordobés es lo que pone en movimiento al cuerpo y a una memoria sensitiva, que no puede quedarse quieta, en la narradora:

¡Eso es cuarteto! Aguante Gary, el único que me hace bailar 😊

Mi papá siempre se acuerda de Carlos “Matura” Nieva, que cuando la Cámara hacía las cenas tanto del empleado legislativo y la de fin de año, las mujeres hacían fila para bailar con él, porque el hombre tenía una galantería para moverse.

Yo trabajé con él en el Bloque Justicialista y más allá de lo que digan de él (que me tiene sin cuidado), fue un señor que ayudaba a la gente y siempre con una sonrisa. (Bustos, 2018)¹

“Si me dejas tú, no podrás decir, que mereces mi corazón” (...) En los temas enganchados de “Gary, el alma que canta” el sentimiento de “la añoranza” que entrama a la territorialidad catamarqueña encuentra su largo y desbordado cauce (Grosso, 2009). Ya que de pronto, sin saber muy bien por qué, el relato se revuelve, de forma dolorosa, con un fondo genealógico borroneado por otras narraciones de *Facebook*. En ellas se celebra la creación de una plazoleta (Catamarca Actual, 2013) o se informa sobre la apertura de una unidad básica peronista con el nombre de Matura Nieva. Con la aclaración “Y más allá de lo que digan de él (que me tiene sin cuidado)” se advierte que, por afuera de las prácticas conmemorativas iniciadas en 2013, hay un resto resistente a los intentos de blanqueamiento con los que se pretende dislocar a lo “negro”. Hay algo, “más allá de”, que sigue molestando en la narrativa edificante de un peronismo que recupera del arbitrio “Matura” tan sólo lo soportable de decir (y escuchar) en el ámbito del nosotros heteronormado catamarqueño.

Quizás por eso, una foto de Matura (Figura 3) se amplía y recorta en casi todas las publicaciones virtuales, por ejemplo, la de Beto Morales (2020). En esa imagen de mala resolución apenas se puede observar el cuerpo perimetrado por el orden político- institucional. Es un cuerpo rígido y esperable que no escapa a la estética acorde al tiempo-espacio vivido. Es el hombre/varón con camisa, saco y corbata que “mantiene la compostura” esperada de un diputado provincial.

¹ En este posteo de la red social *Facebook*, Claudia Bustos se refiere a la canción: *Ay muchacha!* interpretada por el cantante de cuarteto (música popular) conocido como Gary (ver, Gary, 2013).





Figura 3: Recorte de la imagen de Matura Nieva.
Fuente: Hemeroteca Municipal de San Fernando del Valle de Catamarca.

En nuestra pesquisa por la red virtual también encontramos una segunda fotografía en blanco y negro que tiene una excelente resolución de píxeles (Figura 4). Sin embargo, no ha sido todavía replicada en otros *post* que evocan la trayectoria de Matura Nieva (Nieva, 2020). En esta imagen, la posición del cuerpo “toma otra forma” y no oculta los pliegues y las curvas. Matura nos mira y se muestra relajado, con un enorme mate en su mano como símbolo de la trama vivencial más sentida, más sensible y compartida con aquellas y aquellos vecinos donde se legitimaba y fortalecía su accionar político cotidiano.



En la foto de la plaza, Matura descansa de cualquier teatralización. No hay en él intento alguno de fingir una masculinidad viril hegemónica. Matura nos observa y nos advierte sobre el silencio que habita en medio de las frases y recortes que se utilizan como máscaras.

Figura 4: Matura Nieva tomando mate en una plaza.
Fuente: Hemeroteca Municipal de San Fernando del Valle de Catamarca.



La fiesta interminable

“Aquí comienza su aflicción [sic]”. Con esta breve cita de *La refalosa*, un poema gauchesco de Hilario Ascasubi (2003) en el que se describe en forma minuciosa el degüello de un unitario, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares iniciaron *La Fiesta del Monstruo* (1947), un cuento antiperonista escrito bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq. En esta nueva instancia, fuera de su contexto de producción, los versos de *La refalosa* servían de referencia a otro texto mucho más “relevante” en el canon literario argentino y que no es citado explícitamente en *La Fiesta del Monstruo*, este es *El Matadero* (1871) de Esteban Echeverría. Puesto juntos, proponían un efecto de continuidad histórica entre lo ocurrido en el siglo XIX y lo que les tocaba experimentar con ánimo violento a estos intelectuales del siglo XX: la presencia festiva de las masas en las calles durante las celebraciones peronistas del 17 de octubre.

En esta coyuntura histórica, ciertas representaciones literarias no son mero telón de fondo para describir un algo, sino que pueden ser rearticuladas para definir la misma condición de posibilidad de existencia de ese algo: el pueblo, la fiesta grotesca y la violencia como huellas de lo bestial. Entonces, en *La Fiesta del Monstruo*, se constituían o disolvían entramados específicos de articulaciones anteriormente producidas. Aunque, a decir de Stuart Hall (Soto Sulca, 2013), el contexto constituye una suerte de determinación en el que no existe garantía alguna de que las nuevas articulaciones se produzcan o se obturen.

Monstruos que se divierten; desde Juan Manuel de Rosas y sus negros candomberos hasta las “Paquitas de Ramón” escoltando al gobernador Saadi en los actos electorales catamarqueños. Porque eso que pervive, cual marca negativa indeleble, está también ahí, en algunas de las publicaciones académicas (Ponce, 2006) que historizan al peronismo lugareño de los años 80.

Vamos en busca de esa huella de lo bestial. De la fiesta que amenaza al sueño del burgués correcto. De la fiesta que alguna vez debe terminar y en la que, se afirma, participaron dirigentes de un peronismo corrompido por el uso abusivo del poder

[Ramón] Saadi usó y abusó del poder. Confundió el mandato que el pueblo le otorgó en las urnas por mayoría abrumadora aun luego de la muerte de don Vicente... creyó, equivocadamente, que la política es una fiesta continua. Las anécdotas surgidas a partir de la utilización indiscriminada del poder y del supuesto uso particular de los dineros públicos pasaron a formar parte del folklore catamarqueño... [Ramón Saadi] generó un grupo de referencia que lo acompañó tanto en el deber como en el placer. (Gallo y Angaramo 2008, p.68)

Porque la diáfana luz es el ámbito de lo normal y la esquiva penumbra esconde e impide definir los límites entre lo que es considerado público y privado:

¿Sabés por qué Ramón decide las cosas del partido casi en privado? porque en el fondo confía sólo en sus amigotes. ¿Y sabés quiénes son sus amigotes? Los pocos que pueden darse el lujo de vivir de noche y dormir de día. (Gallo y Angaramo, 2008, p.68)

Aquello que es rememorado a borbotones, pleno de adjetivos negativos que refuer-



zan la noción del sufrimiento interminable de quienes pertenecen a un nosotros que se percibe blanco, heterosexual y honesto, contrasta con la sobriedad que adquiere su propia ponderación en el tiempo de la cronología: “Lo real es que la fiesta saadista duró apenas un par de años” (Gallo y Angaramo, 2008, p.69).

Curso y Carnaval peronista en La Tablada

“Duró apenas dos años”. En ese corto periodo que es señalado por algunos como una instancia de corrupción moral interminable, las referencias a los putos: “la Matosa” y “la Yiyí” aparecen (cual si fueran fogonazos) en las narraciones que tratan sobre Matura. La Matosa y la Yiyí ejercían el rol de “punteras políticas” del peronismo más vinculado al liderazgo de Matura Nieva en el barrio La Tablada. Estaban encargadas de organizar actividades y caminatas en tiempos electorales y, gracias a su conocimiento de la realidad cotidiana de las vecinas y los vecinos, contribuían a resolver en forma de asistencia social focalizada algunas de sus necesidades. En la transición democrática tenían aproximadamente veinte años y “no hacían ningún esfuerzo por portarse bien, eran muy escandalosos y en el carnaval se comenzaron a poner plumas y lentejuelas” (V, vecina del Barrio La Viñita, entrevista con Jorge Perea, 2019).

A partir de 1984, los cursos recuperaban la masividad perdida en los febreros grises de la dictadura, cuando se prohibió la presencia de hombres travestidos y el uso de disfraces de militares, de curas y de policías. Y esto se debía, en gran parte, a la constante colaboración que Matura Nieva y otros dirigentes del peronismo brindaban a los clubes y a los centros vecinales para la organización de bailes y desfiles con carrozas en los barrios populares de la ciudad.

De acuerdo con lo que cuentan algunas travestis y maricas viejas, a los carnavales de La Tablada se sumó mucha más gente y también aparecieron “de repente” comparsas de travestis y maricas en otros barrios. Eso generó que “todo sea más alegre en toda (sic) la ciudad” (Pachi, conocedor del ambiente homosexual, conversación informal con Alejandra Gutiérrez Saracho, 2024). Porque las maricas se sentían protagonistas del acontecimiento y preparaban sus trajes de plumas y lentejuelas para hacer sus pasadas en los desfiles que no terminaban en el curso barrial, pues luego seguían los festejos en otros lugares. Pero, para todas, los carnavales eran mejores en la zona sur de la ciudad. Allí, el cariño y respeto que generaba Matura Nieva en los sectores populares permitía cierta tranquilidad para las eróticas disidentes que acompañaban “la movida”.

Como sostiene Carlos Figari (2009), el carnaval significaba la transgresión de un tiempo/espacio, donde afeminados y travestis soñaban “ser” y tomar las calles de la ciudad. Era una fantasía en primera persona que implicaba transgredir las normas genéricas a través de una performance y mostrar que podían ir más allá de sus límites y volver. El carnaval implicaba un entramado de exhibiciones estéticas y experiencias grupales de

escenificación de un mundo al revés, que desafiaba los cánones de la masculinidad hegemónica de la época. Así lo hacían la “Matosa”, la “Yiyi” y otras corporalidades intervenidas que se pavoneaban frente al público presente en cada una de las festividades.

En las crónicas orales de los vecinos y vecinas más viejas de La Tablada surgen, en forma frecuente, menciones a la “armonía y alegría” que caracterizaba a los corsos y carnavales “de antaño”. Estos festejos eran organizados alrededor de algunas y algunos referentes locales y de las redes sociales del barrio (clubes, vecinas y vecinos reconocidos, animadores radiales) y, en muchos casos, estos discursos refuerzan la noción de los tiempos felices definitivamente perdidos con el uso de expresiones melancólicas:

Todo el mundo ponía algo para el carnaval. Como en Estudiantes faltaban mesas y sillas, los vecinos llevaban de sus casas lo que tenían. Nadie mezquinaba nada, eso hoy sería imposible de pensar. La gente era más buena, se divertía y compartía todo. (F, vecino de La Tablada, entrevista con Jorge Perea, 2019)

A decir de Raymond Williams (1997), en sus reflexiones en torno a la tradición, los recuerdos del carnaval (convenientemente expurgados de significados, actos y prácticas conflictivas que puedan ser contradictorias con la representación enfática de la armonía barrial perdida) contribuyen a resignificar el pasado desde este presente, constituyéndose así en una versión intencionalmente selectiva de lo vivido. Por ello, los discursos sobre los festejos tradicionales de La Tablada invisten de profundidad temporal a un espacio que ha sido integrado a la ciudad de manera relativamente reciente, sin que lleguen a materializarse en forma plena los esperados beneficios concretos del estar adentro del progreso y en el que se constatan, como contrapartida, la omnipresencia de lo inacabado en las paredes y las calles del barrio.

El carnaval dura tan solo cuatro días, pero en esa breve fracción de tiempo el espacio público se indisciplina y se produce una suerte de retorno mítico que libera impulsos y suspende el acatamiento a las normas. Es el Tiempo/Espacio en el que los hombres “normales” se travisten toscamente y los cuerpos feminizados en forma intencionalmente ridícula beben, juegan y vagabundean junto a esos otros varones que andan junto a ellos, sin recaudos, a puro jolgorio, por las calles y clubes, en un corso que difumina las fronteras entre los barrios y las clases sociales. En palabras de I, de 74 años, “cuando llegaba el carnaval todos nos disfrazábamos con lo que conseguíamos, y quiera o no quiera, jugábamos con agua, harina y albahaca” (I, vecino de La Tablada, entrevista con Jorge Perea, 2017).

Y es que el carnaval es una oportunidad para transgredir las representaciones hegemónicas del ser varón. Carnaval como ocasión de experimentación estética, en el que las performances travestis o de “los mariposones”, como se decía en el lenguaje de la época, eran celebradas entusiastamente. G, de 77 años, recuerda que “una vez, uno de los chicos Segura, Teté, se disfrazó de Cleopatra, y subió a una de las carrozas fúnebres que estaba en desuso” (G, vecina de La Tablada, entrevista con Jorge Perea, 2017).

“Una vez”, en el carnaval y en las fiestas populares de La Tablada, la infracción circunstancial y el trastrocamiento fugaz de roles se superponía a la presencia cotidiana de los personajes del barrio, de aquellos que son resguardados todavía con cariño en la memoria barrial. “Personajes” tragicómicos, porque se atrevían a desplazarse con insistencia a las fronteras del deber ser y sumariamente son descriptos/as como locos/as, borrachos/as, invertidos/as, crotos/as. En ellas y en ellos, ese otro modo de estar en el mundo, ese resto que evade lo normal.

Allí, asoma en el relato, Federico “Pirico” Ávalos, quien todos los años, en fechas de carnavales, se ponía su disfraz de indio *sioux* y se paseaba con los corsos de los barrios por la calle Rivadavia haciendo gala de una exhibición sensual de su cuerpo hipertrofiado, pues:

En esa época [las décadas de los 60 y 70] se vendía una revista de fisicoculturismo de Charles Atlas, y Ávalos hacía gimnasia para desarrollar los músculos. Al principio salía con otros disfrazados, pero con el tiempo fue quedando solo, seguido de muchos niños curiosos. (Manolo Rodríguez en Gabriela Mentasti, 2008, p.127)

Puto

El diez de julio de 1988 murió el senador nacional Vicente Leónidas Saadi, patriarca familiar y principal caudillo del peronismo local. Este hecho marcó el fin de la transición entre la vida pública rigurosamente regimentada durante la dictadura y lo que se percibía como una tímida primavera democrática, adecuada a los modos catamarqueños de los primeros años 80. Desde su fallecimiento, aquello que estaba controlado políticamente, empezó a exponerse sin temor ni recato. La gobernación de Catamarca estaba en manos de su hijo Ramón, con nula experiencia política antes de asumir el cargo y, por ello, despertaba más dudas que certezas sobre su capacidad de liderazgo político. Un militante peronista “de toda la vida” cuenta que:

Matura tenía un predominio muy importante en todo lo que era el sur y una parte de los Ejidos de la Capital. Era un tipo muy amigable, muy respetado por todos y respetado, sobre todo, por el sector intelectual, profesional del partido, porque nadie tenía el dominio territorial que tuvo Matura en su momento de esplendor político. Me parece que Matura se sentía más cómodo con don Vicente que con Ramón. Matura a veces lo enfrentaba a Ramón, en cambio a don Vicente era capaz de esperarlo hasta las tres de la mañana porque sabía que lo iba a atender. Con la muerte de Vicente Saadi es el límite del esplendor de Matura Nieva. (P, dirigente peronista de Catamarca, entrevista con Jorge Perea, 2020)

Alguien que no es un dirigente político recuerda a Matura. Ni amigo, ni familiar, un informante que no es “clave” en el clásico sentido clásico de la etnografía, alguien que se define a sí mismo como una persona que “no tiene demasiado que contar”. Es él quien convoca al significante negado en otros relatos:



El gobierno de Ramón estaba lleno de putos. Era sabido que en las fiestas [en la residencia gubernamental] de Las Pirquitas él también “se daba vuelta”. Uno de los más famosos era el puto [Eduardo] Tobías que manejaba el dinero de CAPRESCA y era de extrema confianza de Ramón Saadi. Sumale [sic] a eso que no había control alguno, que comenzaba a correr la droga, que era algo nuevo. (H, vecino de las Mil Viviendas y ex militante de la Juventud Peronista, 60 años, entrevista con Jorge Perea, 2017)

Lo que se agita en todas las formaciones de sustitución, lo que “falta”, lo que se “olvida” y genera huellas engañosamente falsas en otras textualidades, se expresa en una palabra reiterada en nuestra escritura: “puto”. Doble tiempo de la marca que no es inscripción de ninguna huella, sino su tachadura. Porque, “es por la escritura que los goces que se abren al ser hablante en el discurso tienen sostén” (Tagliaferro, 2017, p.2).

Mar de ausencias, una palabra hace borde aquí entre dos territorios: el saber y el goce. Lo reprimido se convoca en su im-posible borramiento

Con todas las limitaciones y flaquezas con el que el Todopoderoso envió a este mundo a Matura, él supo cómo transitar exitosamente los ríspidos caminos que muchas veces los propios humanos construimos.

Ha logrado no pasar desapercibido, como también salir airoso en la gran disputa para imponer sus convicciones. (Mentasti, 2008, p.153)

Si, por ventura, la pregunta hiere el silencio, en lo rememorado se destaca nítidamente el cuidado con que Matura evitaba tensionar los límites de lo soportable moralmente en las vecinas y vecinos:

Matura era un tipo muy respetado por todo el mundo, en ese sentido, nadie lo discriminó y el Gordo sabía imponerse, era un señor, un caballero, que nunca mezcló en su participación pública. Nunca le conocí un desliz o un fuera de lugar, ni ninguna actitud que fuera en contra de lo que se llaman las normas. Era un tipo muy respetuoso, muy respetuoso de las mujeres. Si tenía algún tipo de relaciones en el ámbito privado, ni las conozco, ni las comparto. (P, dirigente peronista de Catamarca, entrevista con Jorge Perea, 2020)

Entonces, “se sabía”, pero (¡Ay!, nuevamente el adverbio de negación que condena a un determinado modo de reconocimiento) él “era una persona normal, él ayudaba, después lo que él hacía, en su parte íntima, era cosa de él, tenía su círculo de confianza, no le daban entrada a cualquiera así nomás” (V, vecina del Barrio La Viñita, entrevista con Jorge Perea, 2019). Puja entonces por imponerse en el relato una posibilidad de “rememorar positivamente” a Matura y para ello debe aislarse a uno de los hilos que entretejen su identidad. Sostiene un vecino que “el Gordo era una excelente persona, en eso era decente, tenía su pareja, no andaba, no era un puto cualquiera, la gente lo aceptaba así al Gordo, la gente no se daba cuenta en La Tablada que el Gordo era así” (C, vecino del Barrio La Tablada, entrevista con Jorge Perea, 2019). En estos testimonios se desplaza -mostrando y ocultando- al ropero de lo no dicho, eso que perturba el proceso de sacralización del personaje histórico.



Lo abyecto

En Argentina, a mediados de los 80' y los 90' del siglo XX, aparecen un puñado de experiencias y subjetividades genéricas no hegemónicas distanciadas de la clásica marica y que produjeron una extraña femeneidad devenida en “vidas travestis que escapan permanentemente a la clasificación y a las lógicas del catálogo” (Butierrez, 2022, p.142). Por ejemplo, durante estos años, en Catamarca algunas punteras políticas maricas se hicieron cada vez más visibles en los actos electorales del peronismo gracias a su demostrada capacidad organizativa.

Volviendo a la idea de Ken Plummer (1995), referida a que los relatos crean más relatos, en este periodo se produce una secuencia de cruces de experiencias identitarias que originan la emergencia de nuevos discursos sobre la otredad sexual.

Esas “cosas” que sucedían en el marco de la “fiesta saadista”, son recordadas con acento trágico en muchos de los testimonios de un grupo de informantes femeninas y de clase media partícipes de un movimiento de acción colectiva generado para lograr el esclarecimiento del crimen de la adolescente María Soledad Morales ocurrido en 1990. Estas acciones fueron conocidas como las Marchas del Silencio y en este marco ellas conformaron el Movimiento de Mujeres Catamarqueñas (Figari, 1998), pues:

Todo el mundo sabía que pasaban cosas, esas “cosas” que se fueron corporeizando, fueron tomando forma cuando es el impacto de María Soledad, es como que la gente con o sin razón internalizó en lo de María Soledad todo eso que sospechaba que pasaba y es esa la única razón, la razón más fuerte que convocó la gente de manera absolutamente espontánea a las calles, porque ya no solamente era el reclamo por lo que había pasado con esta piba, sino porque los responsables estaban vinculados al poder, a ese poder que tenía nombre y apellido pero que la gente no podía visualizar bien. (Figari, 1998, p.20)

Los medios de comunicación nacionales enviaron sus cronistas a la provincia y estos relataron con fruición y detalle el fenómeno de las Marchas del Silencio. En la mayoría de las notas se asociaba al sexo la idea de “fiesta-poder”. Repentinamente, la vida cotidiana de Catamarca apareció en páginas policiales que descubrían una vinculación entre la irracionalidad de la fiesta y la pérdida de autoconciencia en un ámbito pueblerino. Es la idea de un poder cortesano y desenfrenado, que por ende no tiene limitación alguna, en la que se producen:

Situaciones de cierto desenfreno en el que el poder se ejercía en una especie de fiestas desmesuradas donde corría el alcohol, por allí se decía que también la droga, donde no había límites en ese tipo de festejos que se hacían. (Figari, 1998, p.45)

Si con la estereotipación se despliega una estrategia de hendimiento, si se excluye o expulsa todo lo que no encaja, también esta es una práctica de cerradura y de exclusión en el orden historiográfico. Simbólicamente fija los límites y excluye todo lo que no pertenece a la territorialidad arbitraria de los testimonios significativos.



En las crónicas periodísticas y en las investigaciones sobre ese periodo se reduce, esencializa, naturaliza y fija la diferencia entre lo que es rechazable (la corrupción de las costumbres e instituciones políticas generada por el peronismo) y aquello que apareció como acción colectiva en reclamo de la justicia ausente en Catamarca. Por ello, en todos estos trabajos, la norma es ir en búsqueda de quienes marcharon en silencio alrededor de la Plaza 25 de Mayo. La intención recurrente es recuperar las voces de quienes se auto-representan como víctimas de la fiesta saadista.

Para lo abyecto queda la imposibilidad de contarse y sólo puede constituirse en la descripción condenatoria de sus modos de ocupar el espacio público o de irrumpir en el ámbito privado, inclusive para espanto y hastío de un sector del peronismo que abriga todavía el deseo de ser aceptado como “blanco” y “civilizado”:

Las Paquitas de Ramón me costaron un enojo con uno de los tipos más queridos del peronismo local, que era el doctor Sánchez Recalde. Recuerdo que era un acto en el Barrio Eva Perón y ahí hacen su aparición estelar las Paquitas de Ramón. Eso era antes de la Intervención [Federal]. A Don Sánchez Recalde le cayó muy mal la presencia de estas chicas y en el balance del acto le dice a Ramón ¿Cómo se te ocurre llevar a esas chicas alrededor tuyo? ¿No ves que da mala imagen? (P, dirigente peronista, entrevista con Jorge Perea, 2020)

Lo abyecto está ahí, resto que sobra, en las notas de prensa que hablan displicentemente del “colorido acompañamiento” de candidatos y militantes que rodeó a Saadi en su infructuoso intento de volver a la gobernación en 1991. Cuando, con la Intervención Federal, el peronismo se convirtió en una comparsa desgarrada entre la lealtad al saadismo local o al menemismo nacional y destinado, por lo tanto, a sufrir una serie de derrotas aplastantes en manos de la alianza electoral liderada por Arnoldo Aníbal Castillo, un viejo caudillo radical que también había sido gobernador en la última dictadura.

En estos tiempos de zozobra, el contraste entre los actos de campaña del peronismo catamarqueño y las reuniones del Frente Cívico y Social (que eran planificadas por una agencia de publicidad internacional) se acentuó todavía más con la presencia de las Paquitas de Ramón y de su bastonera principal, el “Puto” Matosa:

Eran chicas, chicas para todo servicio que iban donde estaba Matura, donde estaba Ramón. Les decían Paquitas porque en esa época estaba muy de moda Xuxa y las chicas andaban vestidas de rojo, con sus pasitos de baile y unas polleritas acompañando a Ramón en las caminatas. Eran chicas lindas, con su físico, tenían sus cosas. Según los mitos que se escuchaban, que se decían, si estaban en todos lados con Ramón, también estaban en las fiestas privadas de Ramón. (H, vecino del Barrio Las Mil Viviendas, entrevista con Jorge Perea, 2017)

Son el vaho a choripán, el Puto Matosa bailando feliz con su traje de lentejuelas rojas (Figura 5), las Paquitas escoltas “para todo servicio” de Ramón, las apelaciones a la inquebrantable lealtad del “compañero Matura Nieva” en lo que fue su última campaña electoral y la Orquesta Generación 2000 interpretando una Marchita Peronista cuartertera en el acto masivo de las Mil Viviendas. Mucho tiempo después, la rememoración de



estas imágenes, todavía generaba enojo y espanto en una entrevistada, pues, para ella, “quizás sí, la gente no entiende nada, cómo es posible que no vean lo evidente y que los sigan votando” (J, vecina del Barrio Las Mil Viviendas, entrevista con Jorge Perea, 2017).



Figura 5: La Matosa en carnaval.
Fuente: Archivo privado de Alejandra Gutiérrez Saracho.



Conclusiones

Cuando curioseábamos por el barrio con la intención de conocer quién fue Matura, los relatos a los que accedimos fueron conformando un montaje de episodios, emociones y corporalidades que iban y venían. Si, en un primer momento, nuestro objetivo era hacer una biografía cercada, indudablemente ese cerco se movió, y a medida que escarbábamos en los estratos del pasado barrial, estos se superponían y relacionaban entre sí. Para nosotros/as, Matura fue el inicio de un ovillo narrativo que, a medida que fuimos tirando, nos llevó a conocer otros entramados localizados de significados y de prácticas culturales. Las vecinas y los vecinos, Matura, las travestis, los maricones, las formas de asistencialismo clientelar, el carnaval, el cuarteto, los cuerpos racializados, la masculinidad no hegemónica, lo gordo, el club Estudiantes de la Tablada, “el diputado Carlos Alberto Nieva”, los chongos, la perrada saadista, las prácticas políticas del peronismo, los burdeles, la sexualidad adolescente, las *razzias*, la movida nocturna y diurna, tienen una validez ontológica que reflejan una profunda relacionalidad de todo lo que existe ahí. Pues “las ontologías se manifiestan en historias (o narrativas) que permiten entender con mayor facilidad las premisas sobre qué tipo de entidades y relaciones conforman el mundo” (Escobar, 2012, p.12).

Si, de acuerdo con Arturo Escobar (2015), el territorio es un espacio-tiempo en el que despliega su vida toda una comunidad, también es un espacio-tiempo en el que se relaciona con el mundo natural que es parte constitutiva de él. Los cerros, apenas aplastados por la cuadrícula urbana, las jarillas, que brotan en los lugares destinados a las plazas que tardan en construirse, las piedras, que una y otra vez interrumpen a la pala y luego contribuyen a los cimientos de las nuevas casas, nos recuerdan que lo humano no está solo en la zona sur.

En esta territorialidad, que es rememorada como una frontera entre el centro y la periferia de la ciudad, transitaban cotidianamente Matura Nieva, la Matosa, la Yiyi y otros sujetos disidentes en relación a los mandatos sexo-genéricos que todavía eran hegemónicos en los años 80. Al parecer, durante esta etapa, se vivieron tiempos de tolerancia (de acuerdo a lo que cuentan algunas maricas) o se experimentó un quiebre moral (de acuerdo a lo que plantean los antiperonistas).

En este juego de alteridades se despliega la voluntad de poder sobre un “otro” y unos “otros” que son invisibilizados por discursos académicos que nos instan a alejarnos de los bordes, a evitar la discontinuidad cronológica y abominar las imprecisiones teóricas para que hagamos lo que se espera: contribuir al sostén de un rígido estatuto de lo falso y lo cierto. No será así, en esta biografía esquivada “definitivamente dejemos que los cuerpos sin voz caminen sus verdades” (Basini, 2015, p.20).

Como ya hemos sostenido en otro trabajo (Gutiérrez Saracho, 2018) con el regreso a la gobernación de Arnoldo Aníbal Castillo en el año 1991, los tiempos de relativa libertad que *gays*, travestis y putas gozaron, desde 1983 fueron cada vez más coartados por una estricta política de moralización de las conductas y de los cuerpos. Es decir, por una orto-



pedía correctiva de las conductas en el ámbito urbano. Rápidamente se materializaron en la ciudad los resultados de estas prédicas moralizantes dirigidas contra los cuerpos travestis que asistían a actos políticos, corsos y carnavales durante los años 80. Nuevamente, se volvieron habituales las *razzias* policiales para acabar con el “libertinaje” en las calles y en las plazas que, supuestamente, y para decirlo en el lenguaje de la época, había sido “instaurado por el putaje de Ramón”.

Con el disciplinamiento de los cuerpos y de las conductas divergentes, Castillo cumplía con uno de los principales compromisos realizados en la campaña electoral. Él demostraba a sus votantes que sí era “un gobernador de verdad” y que no iba a aceptar ningún atisbo de inmoralidad en el espacio público.

Desde entonces, las disidencias sexuales rápidamente perdieron espacios de socialización visibles como plazas, lugares “de levante”, bailes, calles y bares de encuentros que habían sido tolerados durante el gobierno saadista y que, para muchos, eran símbolos de la corrupción soportada durante esa etapa (Gutiérrez Saracho, 2018). A modo de contraparte ante la opresión redoblada por el orden patriarcal y heteronormado, en los años 90 surgieron otros espacios menos visibles de sociabilidad que crearon, además, nuevos códigos y modismos de comunicación que era propias de lo que Mario Pecheny (2002) caracteriza como una “identidad secreta”. Catamarca volvió a ser -como anunciaba un *slogan* turístico ampliamente difundido en tiempos de la dictadura- la “Tierra de la Simpatía”.

Estratos de violencia sobre violencia, esta vez epistémica (Perea, 2023), mientras en las esquinas de San Fernando del Valle de Catamarca lo abyecto era cada vez más mancillado por los apremios de la fuerza policial. En las notas periodísticas de corte sensacionalista lo abyecto aparecía como un dato al margen o un ejemplo de lo que debía ser condenado, para que no existiera posibilidad alguna de volver a inquietar el régimen de la corrección política que, de nuevo, había sido instituido. Así, como si fuera el parte de una guerra triunfal, la narrativa historiográfica hegemónica intentó deglutir las presencias de todo lo que era considerado mal visto o irrelevante en el territorio urbano. Pero en los intersticios de la memoria popular algo suele escapar al ojo escrutador del poder... Matu-
ra, evocación de otras maneras de ser y de estar en la Catamarca de los años 80.

Referencias bibliográficas

- Ascasubi, Hilario (2003) *La refalosa*. Biblioteca Virtual Universal. <https://studylib.es/doc/6823836/ascasubi--hilario.-la-refalosa.-biblioteca-virtual-univer>
- Basini, José (2015) *Índios num país sem índios. A estética do desaparecimentos um estudio sobre imagens índias e versões étnicas*. Travessia.
- Bonvillani, Andrea (2019) “Negros de alma”. Imaginarios racializados y juvenicidio en la Córdoba de las campanas. *Tabula Rasa*, 31, 325-346. <https://doi.org/10.25058/20112742.n31.13>
- Borges, Jorge Luis y Casares, Adolfo Bioy (1947) *La Fiesta del Monstruo*. <https://archive.org/details/LaFiestaDelMonstruo>



- Butierrez, Marce Joan (2022). Pelusa, Vanesa y Marcela: una memoria travesti a contrapelo de los debates sobre el comercio sexual. El Lugar sin Límite. *Revista de Estudios y Políticas de Género*. Vol. 4 Núm. 6, 132-144. <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/ellugar/article/view/1336>
- Echeverría, Esteban (1871) *El Matadero*.
- Escobar, Arturo (2012) Cultura y diferencia: la ontología política del campo de cultura y desarrollo. *Wale'keru. Revista de Investigación Cultural y Desarrollo*, 2, 7-16. <https://biblioteca.hegoa.ehu.eus/registros/19420>
- Escobar, Arturo (2015). Territorios de diferencia: la ontología política de los “derechos al territorio”. *Revista Desenvolvimento y Meio Ambiente*, 5 (35), 89-100.
- Fanon, Frantz (2009) *Piel negra, máscaras blancas*. (Trabajo original publicado en 1952). Editorial Akal.
- Figari, Carlos (1998) Identidad de género y acción colectiva. El Movimiento de Mujeres Catamarqueñas en las Marchas del Silencio. [Tesis de maestría no publicada]. Universidad Nacional de Catamarca.
- Figari, Carlos (2009) *Eróticas de la disidencia en América Latina Brasil*, siglos XVII al XX. CICCUS, CLACSO.
- Figari, Carlos (2021) Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica. [Manuscrito inédito].
- Gallo, Marcelo y Angaramo, Roberto (2008) *Catamarca después del silencio*. Narvaja Editor.
- Grosso, José Luis (2009) Cuerpos del discurso y discurso de los cuerpos. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 44-77 <https://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/52/47>
- Gutiérrez Saracho, Alejandra (2018) Cuando seas grande no vayas a ser como esos maricones. El Carnaval santamariano y los Caballeros de la Noche. [Manuscrito inédito].
- Gutiérrez Saracho, Alejandra y Perea, Jorge Alberto (2023). Homoerotismo y deseo sexual durante las fiestas marianas en Catamarca. *Revista de Estudios de Antropología Sexual*, 1(13), 20-40. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologiasexual/article/view/20096>
- Haber, Alejandro (2011) *La casa, las cosas y los dioses. Arquitectura doméstica paisaje campesino y teoría local*. Encuentro Grupo Editorial.
- Hall, Stuart (1997) El trabajo de la representación. En Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (Eds.), *Stuart Hall, Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. (pp. 447-482). Envión Editores-IEP- Instituto Pensar-Universidad Andina Simón Bolívar.
- Harraway, Donna (1995) *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Meccia, Ernesto (2016) *El tiempo no para: los últimos homosexuales cuentan la historia*. Ediciones UNL.
- Mentasti, Graciela María (2008) *La Tablada... de ayer y de hoy*. Ediciones del Boulevard.
- Pasolini, Pier Paolo (1997) *Cartas Luteranas*. Trotta.
- Pecheny, Mario (2002). Identidades discretas. En Leonor Arfuch (Comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades* (pp. 131-154). Prometeo.
- Perea, Jorge Alberto (2023) “Aquí no pasó nada”. *Historias y memorias de la violencia política en la*



Catamarca de los años 70. El Trébol.

- Plummer, Ken (1995). *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Worlds*. Routledge.
- Ponce, Elsa (2006) *Catamarca, del atrio al paredón*. Universitas.
- Rivera Cusicanqui, Silvia (2018) *Ch'ixinakax Utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Editorial Tinta Limón. Pensar IEP-Universidad Andina.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1977) *Facundo*. Biblioteca Ayacucho. (Trabajo original publicado en 1845).
- Soria, Manuel (1891) *Geografía de Catamarca*. Tipografía La Provincia.
- Soto Sulca, Ricardo (ed.) (2013). *Discurso y Poder en Stuart Hall*. Universidad Nacional del Centro de Perú.
- Tagliaferro, Silvana (2017) *Tachadura que hace tierra*. Escuela Freud Lacan de La Plata. https://www.efla.com.ar/pdf/La%20escritura_Tachadura%20que%20hace%20tierra.pdf
- Viveros Vigoya, Mara (2024). El gobierno de la sexualidad juvenil y la gestión de las diferencias. Reflexiones a partir de un estudio de caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen 40, 155-184. <https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/3647376/>
- Wayar, Marlene (2018) *Diccionario Travesti de la T a la T*. Editorial La Página S.A.
- Williams, Raymond (1997) *Marxismo y Literatura*. (Pablo di Masso, Trad.) Península. (Trabajo original publicado en 1977).

Sitios y páginas web, archivos y legislación consultados

- Bustos, Claudia [ClaudiaBustosSalguero]. (14 de octubre de 2018) *¡Eso es cuarteto! Aguante Gary, el único que me hace bailar*. [Video] Facebook. <https://www.facebook.com/claudia.alejandra.bustos.salguero/videos/2065846240121699>
- Catamarca Actual (7 de abril de 2013). *Inauguraron plazoleta con el nombre de Carlos "Matura" Nieva*. <https://www.catamarcaactual.com.ar/politica/2013/4/7/inauguraron-plazoleta-nombre-carlos-matura-nieva-43700.html>
- Gary [Gary Ok] (12 de noviembre de 2023) *Ay, muchacha!* [Video] Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=HI3nehc2xbQ>
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2010). Censo 2010. <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-135>
- Morales, Beto [Beto Morales] (5 de mayo de 2020). *CARLOS "MATURA" NIEVA. El Diputado del pueblo!* [Fotografía] Facebook <https://www.facebook.com/photo?fbid=3233096880035043&set=a.217767061568055>
- Nieva, Fernando [Fernando Nieva] (7 de abril de 2020). *Hoy se conmemora el fallecimiento del militante más grande de la ciudad de Catamarca el tío Carlos Matura Nieva*. V.P. [Fotografía] Facebook <https://www.facebook.com/photo?fbid=3158206297524299&set=a.598677870143834>
- Ordenanza N° 747/1975 [Concejo Deliberante de la Ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca]. Por la cual se establecen los nombres de los barrios que forman parte de la ciudad. Consejo Deliberante de San Fernando del Valle de Catamarca (1975) Ordenanza N° 747/1975. 20 de marzo de 1975. <https://concejofvcatamarca.gob.ar/digesto/digesto/archivos/747.pdf> Archivo Histórico de Catamarca.



Jorge Alberto Perea

<https://orcid.org/0009-0005-3575-3912>

japerea@huma.unca.edu.ar



Es profesor de Historia y doctor en Ciencias Humanas. Se desempeña como profesor titular en las cátedras Teoría de la Historia y Antropología Cultural en el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, UNCA. En el año 2023, ha publicado los libros: *Aquí no pasó nada. Historias y memorias de la violencia política en la Catamarca de los años 70* y *Septiembre del 55, la hora de la revancha del antiperonismo catamarqueño*. En sus investigaciones se preocupa por reconocer los efectos de los discursos y de las prácticas represivas estatales y paraestatales en la conformación de las identidades políticas locales durante el siglo XX.

Alejandra Gutiérrez Saracho

<https://orcid.org/0009-0003-2992-6165>

aggutierrezsaracho@huma.unca.edu.ar



Se presenta a sí misma como activista travesti ex trabajadora sexual. Nacida y criada en la localidad de Santa María, emigró a San Fernando del Valle de Catamarca, en 2008, donde comenzó un proceso de encuentros con ese territorio que la llevarían a pensar trayectos vitales y de resistencias de la disidencia sexual y su emergencia de organización política en relación con el gobierno de la sexualidad en la provincia de Catamarca. Es licenciada en Trabajo Social y docente investigadora de las cátedras de Antropología Social y Cultural y Salud Mental de la carrera Licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca. Cursó estudios de posgrado en el Doctorado en Ciencias Humanas mención Estudios Sociales y Culturales de esa misma universidad y la especialización en Antropología Social por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Actualmente, se desempeña como becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) e integra el equipo del Laboratorio de Estudios Políticos y Debates Regionales *Tramas* vinculado al Instituto de Estudios Regionales Socio-culturales (IRES-CONICET-UNCA). Integra los siguientes proyectos de investigación: *Violencias estructurales patriarcales-coloniales-capitalista y procesos de resistencias múltiples situadas en territorio catamarqueño*, bajo la dirección de la Dra. Belén Verón Ponce (Dpto. Trabajo Social- F.H) y *Bajo el manto de la Virgen del Valle. Aproximaciones al catolicismo como cultura política católica en Catamarca en la primera mitad del Siglo XX corto (1918-1945)*, con la dirección del Dr. Jorge Alberto Perea (Dpto. Historia-F.H); ambos proyectos aprobados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNCA.

